

## CARTAS DE LIMA

*En la capital del Perú acaban de reproducirse, en elegante edición, las «Cartas de Lima» de Monseñor Rafael María Carrasquilla, con prólogo del doctor Pedro José Rada y Gamio, canciller de aquella República, y miembro correspondiente de la Real Academia Española. Llevan como apéndice un estudio histórico sobre el Colegio del Rosario debido a la pluma del doctor Fabio Lozano y Lozano. Publicamos en seguida aquellos dos interesantes escritos.*

### PROLOGO

Desde joven oía mencionar a Rafael María Carrasquilla, como una de las figuras más prominentes del clero colombiano.

En 1924, cuando vino al Perú como nuestro huésped de honor, invitado por el Gobierno para concurrir a las festividades con que celebramos el primer centenario de la Batalla de Ayacucho, realizada el 9 de diciembre de 1824, tuve la satisfacción de conocer, personalmente, a tan egregia y valiosa personalidad.

Es Carrasquilla descendiente de uno de los más notables poetas y pedagogos de Colombia, y se halla vinculado, por lazos de consaguinidad, con próceres ilustres de la independencia americana.

Será imborrable en mí el recuerdo de Carrasquilla. Me parece contemplar al austero sacerdote, cuya presencia serena y apuesta impresiona y cuya modestia semeja un cofre de oro que guardara sus excelsos merecimientos; y el oír a Carrasquilla, el escuchar su verbo, dejó en mi espíritu la huella de escuchar y de oír a un ateniense de

las academias griegas, revestido con la toga del sacerdote cristiano.

Cuando le escuché su improvisación al inaugurarse en Lima el Panteón de nuestros próceres, me parecía que se habían dado cita el estro de un gran poeta y el pensamiento de un profundo filósofo, para engarzar las perlas y los joyeles de esa admirable oración. Se diría que, en esos momentos, en el verbo de Carrasquilla se habían confundido, en un solo espíritu, las áticas delicadezas de un orador demosteniano con la palabra sagrada de Bossuet y Fenelón.

• Carrasquilla es un clásico por la severa y castiza estructura de su palabra, pero al mismo tiempo elocuente-mente inspirado en las grandezas de América y de nuestra Historia.

Se eleva como un águila en el espacio de la oratoria y conmueve y canta como un ruiseñor.

En esa oración inaugural expresó su sentimiento de afecto por el Perú, en términos tan elocuentes, que queremos transcribir en seguida; dijo: «¡Salve, noble Nación peruana! Salve, imperio sagrado de los Incas, teatro de las hazañas y guardador de los restos de Pizarro, ciudad del Sol, ciudad de los reyes, hija mimada de España, estadio donde se consumó la libertad de un mundo! Tierra perfumada, no con el de las flores naturales, sino con el aroma de la mística rosa que descendió del cielo, vivió un instante en medio de vosotros y tornó al cielo de donde había venido. ¡Salve, Nación de grandes estadistas, de heroicos guerreros, de sublimes artistas y poetas; morada de la perfecta cortesía, de la regia hospitalidad, de los caballeros sin tacha, de las damas tan gentiles como virtuosas!

«Excelentísimo señor Presidente de la República: Mi admiración para con vos sólo es igualada por mi agra-

decimiento. Tened certeza de que la una y el otro vivirán en mi pecho hasta que exhale el último suspiro».

En esa oportunidad escuché también, de labios de Carrasquilla, en momentos en que dábamos reposo definitivo a los restos de Simón Rodríguez, maestro del Libertador Simón Bolívar, en el Panteón de nuestros próceres, la oración fúnebre en que consagrara al insigne pedagogo, cuyos restos eran trasladados desde la iglesia de Amotape hasta nuestra capital. Y si las trompetas de la fama divulgaban, en esos momentos, los merecimientos de quien formara el templo del espíritu del Libertador, en medio de esa música sonora de gloria, se destacaba la serena palabra del orador sagrado, haciendo el laude de tan insigne pedagogo, que debe ser considerado también como uno de los próceres de la independencia americana, puesto que fue su docencia la que contribuyó decisivamente a formar el pensamiento y la acción de Bolívar.

Cuando se leen los discursos y escritos de Carrasquilla, parece ver a este ciudadano de las letras recorrer, en nuestros tiempos, las ya destruidas ciudades de las tierras clásicas de Grecia y de Roma, recogiendo guijarros y mármoles, de pórticos y estatuas abandonadas, para inspirar la belleza de su dición y la severa solemnidad de sus expresiones. Es un discípulo de Platón y de Séneca que ha sobrevivido a la hecatombe de los tiempos.

De su viaje a Lima nos ha dejado Carrasquilla impecadero recuerdo, en las cartas que escribiera desde nuestra capital a un amigo suyo.

Contienen esas cartas recuerdos interesantes, juicios certeros, expresiones hermosas, todo envuelto en una atmósfera de sinceridad, de franqueza y de afecto, que harán de esas misivas fuente histórica cuando los que nos sucedan quieran recordar cómo celebramos en el Perú el primer centenario de la batalla de Ayacucho.

Carrasquilla consagra al conocimiento que hizo de nuestro glorioso Presidente, don Augusto B. Leguía, una verdadera semblanza, como aquella que Cervantes se dedicó a sí mismo en uno de sus inmortales libros. Dice Carrasquilla lo siguiente: «Es un hombre que frisa en los sesenta años, de mediana estatura, enjuto de carnes, ojos negros y luminosos, nariz aguileña, sonrosada tez, bigote blanco y recortado, boca impregnada de suavidad. Es tal la superioridad de su porte y maneras, que un extranjero que le vea, sin insignias de mando, departir en un corro de amigos, dice sin vacilar: «Este es el Presidente de la República». Nada de estiramiento ni afectación; es la cultura superlativa, la que no se deja sentir, la que no tiene color ni sabor, como no los tiene el agua pura. No parece el señor Leguía hecho de carne y hueso, sino de resortes de acero».

Carrasquilla ha visto Lima con ojos amorosos y juzga con alta serenidad nuestro progreso, debido al gran presidente Leguía, así como nuestros institutos docentes; y está verdaderamente admirable cuando se refiere a nuestro museo de antigüedades indígenas, que lleva el nombre de Arqueológico Nacional. ¿Con cuánto acierto y minuciosidad expresa el simbolismo de nuestra cerámica, en sus diversas manifestaciones de la vida y de la muerte!

Carrasquilla es la personificación de Colombia, de esa noble nación hermana, con la que compartimos las glorias comunes de la epopeya emancipadora y los laureles inmortales de Bolívar.

*Las Cartas de Lima* llevan como apéndice un sesudo estudio histórico sobre el Colegio del Rosario de Bogotá, debido a la ilustrada y erudita pluma del señor Fabio Lozano y Lozano, primer Secretario de la legación de Colombia en nuestra república.

En ese estudio pone en amplio relieve su capacidad

histórica, este notable escritor, que tanto ha contribuido a esclarecer interesantes puntos de la historia de América.

Hace tiempo que quise recoger, en un libro, las Cartas de Lima, de Carrasquilla, y al presente realizo ese anhelo.

Invitado por el señor Fabio Lozano y Torrijos, eminente diplomático que representa a su Patria entre nosotros, a trazar algunas líneas que sirvan de prólogo a dichas Cartas, no he trepidado en aceptar el honroso encargo, bien que conociendo mis modestas condiciones para realizarlo. Este prólogo no viene a ser otra cosa, en resumen, que la expresión de mi afecto a Colombia, de mi admiración a Carrasquilla y de mi sincera amistad con el ilustre diplomático colombiano.

PEDRO JOSE RADA Y GAMIO  
Miembro correspondiente de la Real Academia  
Española de la Lengua.

## EL COLEGIO DEL ROSARIO DE BOGOTA SU FUNDADOR Y SU ACTUAL RECTOR

No hay nada en Colombia más venerable, más estrechamente unido a la historia del país, ni más amado, que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Durante 275 años, allí se ha modelado el alma nacional.

En la colonia formó el Rosario los más distinguidos abogados y jurisconsultos, los más versados teólogos y canonistas, e implantó los primeros estudios de medicina y ciencias naturales. Allí dictó sus lecciones José Celestino Mutis, y con discípulos del claustro constituyó la expedición botánica, verdadera academia de investigación científica, que mereció los elogios de Humboldt, y fue la precursora de la independencia.